

Juan Agustín Palazuelos: "Según el orden del tiempo"

"Dentro de su política editorial, amplia y renovadora, la Empresa Zig-Zag contribuye a la revelación de un nuevo novelista chileno". Así leemos en una de las solapas de este libro. La declaración es modesta, porque esta vez la contribución es valiosa. Se trata de un novelista destinado a señorear el arte en que se inicia, si desecha halagos y apresuramientos, convencido de que es un arte difícil y exigente.

Es el más joven de nuestros novelistas. Nacido en Santiago en 1936, no pertenece todavía a ninguna generación bautizada. Desde luego, no cabe en la del 50, la última que conocemos, ya de puertas cerradas y sin aldabón.

Está solo por el momento. Es un adelantado que, en tiempo de guerra, si le acompañan buenas huestes, gritará sus órdenes como capitán general. Irá contra los viejos inmediatos, es decir, los del 50. Ya está aparte, no los mira, y es posible y probable que no los entienda. ¿Qué han venido a hacer ustedes —les podrá decir en su fuero interno—, que ambicionaron derribarlo todo y tuvieron que construir ruinas artificiales para creer cumplida su misión? Y si examina un poco este juicio, encontrará razones para afirmarlo.

Pero dejemos estas suposiciones, porque no nos interesa adivinar lo que Palazuelos piensa o no de otros autores, y acerquémonos a los hechos, que enseguida nos mostrarán algunas verdades más o menos evidentes. Veamos lo que es el mundo habitual de la li-

teratura novelesca de estos días, escrita por los un poco menos nuevos que Palazuelos. Es un mundo sórdido y vacío. Dicen que esto refleja la "angustia de nuestro tiempo", atómico y condenado. Pero lo terrible es que no vemos esta angustia. Aluden a ella unos personajes huecos, que no piensan ni sienten. Abúlicos, soñolientos, creen beber y amar, pero no saben si se emborrachan o si están enamorados, porque la angustia que llevan como un negro escapulario les mete pecho adentro la superstición de que saber y sentir es desaparecer. Y estos desaparecidos no quieren darse cuenta de que están en el limbo, peces sin aletas, inmóviles en el charco del tiempo, lo cual, indudablemente, es perder el tiempo lamentablemente. Palazuelos nos entra, en cambio, en un mundo donde los personajes pueden estar perdidos en el tiempo, pero sin perderlo nunca. Hay diferencia.

La novela está escrita en primera persona del singular. Intervienen numerosos personajes, casi todos jóvenes, pero es el narrador quien en su divagación siempre lúcida, relativamente desordenada, y, sin embargo, vigilante, los representa como conciencia del grupo. El narrador no es un hombre vacío. Está sobrepoblado de preocupaciones, de problemas, de inquietudes. Es casi un adolescente y empieza a vivir, situándose, cada vez con mayor agudeza, en su tiempo. Esto significa que, desde un principio, advierte que la vida es un quehacer. Hay que construirla. Le sube el descontento desde su fondo más íntimo.

Es inteligente y posee unos sentidos ávidos. El mundo que le dan, el de sus mayores, es un recinto hermético por el que van y vienen los enmascarados, exteriormente pintorescos, simples comparsas que juegan a darle a la vida un sentido. El personaje se siente desterrado en este mundo de contratiempos, de ataduras, de resonancias de un mundo perdido y que se debe buscar. Su anhelo más hondo podría ser el que cada mañana apareciera el universo como creación creada. Todo lo mira con ojos nuevos, y el espectáculo es siempre el mismo, de engaños, de laberinto sin salida, pero que alguna tiene, no obstante, y lo que importa es encontrar el método para el hallazgo de sí mismo, de los demás, de la vida como se quiere tenerla. Su aridez vital le da una perspicacia amarga, pero no desesperada. Sus juicios de los hombres y de las cosas —condenables como son, como están en todas partes— le enderezan hacia un humorismo clarividente, hacia la necesidad de absorberse en las sensaciones, las del amor principalmente, que procuran la ilusión de escapar del tiempo, de hallarse en un presente a que no llega el pasado y desde el que no se divisa el porvenir. No estamos ante un derrotado, sino ante un constructor de su vida, su personalidad, su mundo, en continua exploración de su disgusto y de sus ansias. ¿Para qué? No importa. "Vivir ya es una explicación". Pero hay que encontrar lo que debe vivirse, de acuerdo con la anhelada salida del laberinto.